

Y es que hay almas ocultas en la sombra
Que esperan impacientes tu llegada.

Francisco A. de Icaza.



Cap. XIII

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

RELACIÓN DEL VIAGE HASTA LAS DOS SIERRAS
MUY ALTAS Y MUY FRIAS, Y DE LO QUE NOS AVINO
EN EL LUGAR LLAMADO DE TLAMACAS



RATIGA y no pequeño espanto señalan por manera excesiva esta jornada. Ella tiene por meta el poblado de San Nicolás de los Ranchos, en los primeros escalones del Volcán.

Por evitar el sol y porque dicen que la etapa es corta, salimos de Choluca después de las cuatro de la tarde.

Excesivo el calor por la mañana, á aquella hora pronto se siente la necesidad de requerir los guantes y el abrigo y de trocar el sombrero de *metate* por la gorra afelpada.

Los caballos caminan jadeantes, hundiéndose en la arena del camino serpeante en la gris llanada de sedientos barbechos.

Fría la tarde y la hora medrosa, aletea, invisible, en el ambiente un ceño de misterio.

La neblina que precede á las sombras ha ocultado la mole del Iztaccihuatl—*la mujer blanca*—que en su lecho de nieve espera eternamente que el esposo, ¡tan próximo!, derrita con un beso de fuego los perennes hielos de aquel tálamo infecundo y aterido.

Y, también tocada con plomizo alboroz, la *montaña humeante*, el Popocatepetl, esfuma la elegante silueta de su cono tras el creciente remolino del halo de la noche que lo envuelve.

En el llano, ¡también silencio y sombras! . . .

♦♦♦

En la mancha de breves, aisladas arboledas, piérdese á veces, fugaz, la lágrima de fuego de una luz parpadeante en la pupila blanca de una choza encalada que oculta la maleza.

Del perfil indeciso de boscosa colina, sobresalen, en el plano de vaga perspectiva, el contorno de un campanario, ó el rojo diluído en ceniza de una casa ruinosa, ó la nota pardusca de un ermitorio solitario y mudo, ó el brochazo más negro de un árbol, que es un inmóvil gesto, hierático, vigilante, mirando al valle é interrogando á lo alto . . .

♦♦♦

Aulla un can, coreado á lo lejos—en amplio semicírculo de agoreros ladridos—por otros canes que á

distancia se dicen sus alertas, saludos y amenazas.

♦♦♦

En cada matorral hay un graznido. En cada cerca una carrera de alimañas en fuga. Y en cada terrón del rastrojo agrietado, un chillido de grillo, un gangoso ronquido de asmáticos anuros y una gutural burla de insolentes cuclillos...

♦♦♦

Con su paso de trote, crúzase con nosotros la pedestre caravana de indígenas que el trabajo del campo devuelve al descanso del mísero poblado de misérrimas chozas.

Vienen por los ribazos que amurallan el camino arenoso.

Ya próximos los unos á los otros, ellos dejan su senda. El trote se suaviza un tanto en su uniforme sucesión de saltitos. Se aclara el grupo brincando al labrantío por entre los magueyes. Adivínase, mejor que vese, un ademán de los hombres quitándose el sombrero, y se presiente que las mujeres, bajando la cabeza, se han vuelto de espaldas al camino...

A poco, si mirais hacia atrás, de nuevo organizada la fila sobre el apisonado caballón del ribazo, la caravana pedestre ha vuelto á su trote uniforme, á su marcha de rítmicos saltitos, que en la penumbra del medroso paisaje da una nota de vagos tonos claros—los calzoncillos, camisas y sombreros—moviéndose en la sombra...

Pasado Calpan, el viaje toma el carácter de una temeraria aventura.

Por si la noche—sin luna y sin estrellas—no fuera asaz oscura, el camino es un tunel abierto en la arboleda espesísima, entre altas paredes contra las cuales, al menor descuido, pasáis rozando el cuerpo; y se hace peor á cada instante, internándose en una angosta garganta de la sierra donde no son escasos los obstáculos.

Enormes peñascos, troncos caídos, matorrales que más ocultan la vereda—ya invisible en la negrura—hacen que los caballos se detengan recelosos á cada paso, protestando con sus relinchos y bufidos de aquel innecesario disparate en que nos aventuran nuestros guías.

♦♦♦

La noche negra, la selva impenetrable, el sendero llevándonos al fondo pedregoso de la angosta barranca—para serpear luego por boscosas laderas en cuevas empinadas y rápidas pendientes de precipicio... El prudente caminar lento de los caballos olfateando peligros; el grito del indígena guía que avisa un paso más difícil en la dificultad continuada de aquel camino de infierno; el latigazo en el rostro de las lianas y ramajes pensiles que nos abofetean á trallazos continuos; y el coro de ruidos que agranda el eco en el estrecho y profundo desfiladero: el crujir de la hoja-

rasca bajo los cascos de las bestias, y el rodar de las piedras al abismo, y el siniestro blandir de los machetes contra los troncos... Todo ello ameniza la marcha, haciéndola fantástica, inverosímil en sus inconvenientes, como adorno de un cuento de terrores...

—¡Por aquí!... ¡No hay peligro!... —grita una voz que suena muy lejana, semejando mejor el acento angustioso de quien demanda ayuda, que voz sosegadora del ánimo intranquilo.

—¡No hay peligro!... ¡Adelante!...

Y un estruendo de metales restregados entre sí y chocando contra piedra, nos dice que un soldado acaba de apearse, involuntariamente, del caballo.

Dura un punto el temor de una desgracia: la cargada de algunos hombres indica que el caído sigue en disposición de volver á caer...

Y la distancia, que nos dijeron era de tantas leguas, se duplica y triplica, ya nos parece corresponder á una etapa de fijo inacabable... Y así, más familiares con nosotros, poseionados de nosotros, flotan—sensibles—en el mar de negruras de la noche y el bosque, en el piélago de congojas que apretujan el alma amedrentada, flotan allí los manes de los antepasados que por estos lugares anduvieron medrosos, angustiado el espíritu y ojo avizor y cuidadoso el pie y el ánimo en recelo y el oído atento, cuando estas rutas se obstruían por labor enemiga con tranqueras de ramaje y



árboles derribados de propósito para impedir el paso de la temida tropa invasora de los dominios del señor Moctezuma...



Todos los habitantes de San Nicolás de los Ranchos han desfilado por la plaza presenciando los preparativos de la marcha.

Estos, son laboriosos, interminables.

Toda la diligencia y buena voluntad del Presidente Municipal de este lugarejo, se estrellan y fracasan contra la invencible apatía de sus subordinados.

Ellos dicen á todo que sí, que «está bueno, señor», y salen disparados á cumplir lo que se les ordena, á dar el recado que se les confía. Pero son tardos en el regreso, y vuelven lentamente, perezosos, sin haber resuelto el encargo que llevaron. ¿Por qué?: pues, *¡quién sabe!*...



Son curiosos los comentarios y preguntas que, dichos en voz baja, con aire de misterio, sorprendemos entre los grupos de la gente.

Los soldados de la escolta es lo que más preocupado trae al pueblo soberano.

¿A quién van á buscar, ó qué irán á hacer en el Volcán?...

Nosotros, para muchos de aquellos asombrados indígenas—no exentos de malicia, no tan ingenuos é inocentes como piensan muchos—somos los jefes de la tropa aquella que, de fijo (hay más de uno y de dos que así lo han-dicho) es una tropa alzada... O somos *gringos* que, con apoyo del Gobierno, vamos á tragarnos de un sorbo la sierra entera con todos sus pinares, caseríos, ganados y habitantes...

Como compensación á tales pareceres, que son un gran insulto aunque inocente—y que, por cierto no deja de darnos cierto prestigio en el ánimo de estos fantaseadores—hay otros que nos toman, nada menos, que por dos generales del Ejército, viajando de incógnito... «¿para hacer qué cosa?»... Pues, ¡quién sabe, señor!...

♦♦♦

Por fin, ya está la caravana pronta á partir.

Abren la marcha una docena de indios reclutados entre los prácticos de la montaña.

Calzan todos guaraches—*que son á mo lo de los alpargates de nuestra tierra, aunque solo de un trozo de suela y unas toscas correuelas, sin cubrir el pie, á manera desandalias de flayre descalzo*—y visten todos el imprescindible, deshilachado, pardo zarape, á guisa de pequeña casulla. Varios de ellos llevan al hombro, á modo de aijada pastoril, una enorme carabina roñosa que nos da más miedo que todo el armamento de la escolta.

Van al trote; delante de nosotros, y pronto los perdemos de vista entre los altibajos del terreno.

Ellos llevan las provisiones comestibles—de personas y bestias—en fardos y canastas, sobre la espalda.

No es necesario el peso y el volumen de abundantes viandas: sólo el almuerzo. En Tlamacas, donde pernoctaremos, y donde hay una barraca de madera—el último refugio que se encuentra ascendiendo al Volcán, ya casi en la región de las nieves perpétuas—deben estar ya esperándonos, gentes de Amecameca, en la vertiente opuesta de la montaña, con comida bastante para tres días, que contamos nos sea el tiempo necesario de vida montaraz, antes de llegar á lugares poblados.

Por eso hemos rehusado la oferta reiterada de nuestro buen amigo el *presidente* y nuestro huesped en San Nicolás, de aprovisionar en abundancia la «carga» de los indios.

Hemos pensado: ¿para qué, inútilmente, fatigar á estos pobres?, ¿para qué aumentar más el peso y el volumen de nuestra impedimenta? Es tontería cargar con cacerolas y guisados, con frascos y botellas, cuando en Tlamacas nos espera—pedido por telégrafo desde hace cuatro días y con indicación exacta de la fecha—quien bien sabe que allí debe llevar de todo, porque allí todo falta.

Y emprendemos la marcha, ya relamiéndonos de

gusto, anticipadamente, pensando en los *platillos* sabrosísimos que se preparan en la sierra, á estilo pastoril...



Seguimos por buen trecho, describiendo un zig-zag interminable, el cauce pedregoso de un barranco.

Luego, dos ó tres poblados de otras tantas casucas cada uno y algunas chozas más, desparramadas en la campiña breve que allí caracterizan frondosos, hermosísimos nogales.

Pronto se entra en la sierra, sin grandes transiciones en la subida y en el paisaje, sino de golpe, repentinamente.

Ya en la primera dehesa de encinas y pimpollos, nos anuncia el terreno cuál y cómo va á ser esta jornada.

Cuestas empinadísimas, son una sola cuesta sin solución de continuidad, describiendo curvas fantásticas, serpeando, para salvarlas, por y entre cerros que á veinte varas de distancia no dejan ni suponer siquiera qué trazado y orientación seguirá la vereda por entre aquellas rocas que parecen prontas á desgajarse y rodar al abismo. Este sendero, bueno para las aves, nos lleva á un paraje de nombre amable pero historia trágica:

El Mirador. Desde aquella terraza ó balcón natural, se gozan, en efecto, perspectivas soberbias. Pero aque-

llo, en no remotos tiempos, fué la atalaya preferida de los salteadores que infestaban el país dándole triste fama por la inseguridad de los caminos.

Y, ¡arriba, siempre arriba! Los indios de la carga, aunque avezados á mayores pesos y á caminar, trocando siempre días enteros, aquí sienten los efectos de la rarefacción, del aire lo mismo que nosotros la sentimos, y de trecho en trecho detiéndense agobiados, apoyando la espalda en el tronco de un pino.

En La Venta — una choza en ruinas — dicen los guías que no es prudente detenernos á almorzar, como era el propósito, pues allí, ya lo vemos, no hay ni un cobertizo, y es seguro que antes de media hora tendremos encima la tormenta:

Negros nubarrones, en fantásticos remolinos, vienen de lo más alto de la sierra, como humareda de cien volcanes, invadiendo las cuencas y hondonadas, que pronto son un mar tempestuoso de pavesas—ya extintas, después de algún incendio del espacio, en cuya ingente hoguera sopló irritado el genio de los vientos.

Conviene hacer un esfuerzo, espoleando sin lástima á las rendidas bestias, para llegar—es cuestión de media hora escasa—al sitio que se llama Pelagallinas.

¡Marchando, pues, que este nombre es simbólico: si allí hay gallinas que pelar, bien puede compensarse la fatiga y el sacrificio de aplazar el almuerzo hasta la tarde.

Y, efectivamente: menos afortunados que Cortés que aquí encontrara espléndido aposento, nosotros llegamos al lugar, que—es otra choza en ruinas—sin un mal cobertizo donde refugiarnos, ni indicios de acomodo, ni señal de agua donde abrevan las bestias. . . . Y en cambio, sí, repentina, brutal, una furiosa granizada que es pedrea rabiosa de guijarros de hielo, que espanta á los caballos, y á nosotros nos hace preguntar iracundos:—*¿y ahora, dónde vamos?, ¿qué se hace?*—para que nos contesten, insensibles al tremendo conflicto, aguantando pacientes el pedrisco é imperturbables de frente á nuestro enojo:

—*Pues, ¡quién sabe, señor!* . . .

♦♦♦

¡Adelante!, ¡á Tlamacas! Es cuestión de otra hora de hambre y de cansancio, ahora con el tentador aliciente de perder el sendero cortando el oleaje de las nubes que nos envuelven en turbiones plomizos, empapados en agua y aguantando el peso y el continuo trallazo de los hilos á nudos de aquella espesa cortina de granizo.

El espectáculo es dantesco, es un capítulo de la novela más fantástica que nunca se escribió.

Los pinos de troncos retorcidos, gesticulan abofeteados por la furia del vendaval. Huyendo de la tempestad y protestando de nuestra osada presencia en aquellos lugares, algunas reses bravas que á la busca de pasto remontaron hasta allí su lento paso de errantes de la

sierra, pasan corriendo con siniestro estruendo de ramajes tronchados, piedras que ruedan á los barrancos y mugidos que repite y multiplica el eco en siniestra espiral de trueno desgarrado.

Inevitablemente acude al pensamiento el recuerdo del atrevido Diego de Ordaz y sus acompañantes, desafiando los primeros la miedosa tradición indígena que aseguraba la muerte á quien intentase penetrar el misterio de la montaña humeante.

Y bien merece consignarse aquí un curioso capricho de la casualidad.

Cuando en Pelagallinas vimos que los inconvenientes de la jornada se aumentaban con el furioso temporal que sólo Dios sabía cuándo nos permitiera realizar el propósito de llegar hasta la misma orilla del cráter del Volcán, tuvimos el acierto de disponer que la escolta se fuese á Amecameca, descansadamente, y allí nos esperase.

Con ello evitábamos á los hombres y á los caballos—que más ya no podían con sus cuerpos—la fatiga inútil de la ascensión molesta; y además, si como todo lo anunciaba, debíamos estar en el monte más tiempo del previsto, con tal medida restábamos algunas bocas á los forrajes y á las viandas que pedimos subieran á Tlamacas.

—A ver, muchachos—ordenó el teniente después de formar el pequeño escuadrón—uno de ustedes que

acompañe á estos señores hasta donde ellos vayan.

Y diligente, servicial, simpático, en el movimiento que á una hicieron aquellos buenos mozos simpáticos, serviciales y sufridos, se adelantó á los demás el que iba á ser en la aventura del volcán nuestro asistente, eficaz en el servicio y la grata compañía.

Ved la casualidad: aquel soldado, se llamaba Apolinar Ordaz...

Los cronistas aquí, en mérito á la coincidencia, creen cumplir con un deber de gratitud señalando un paralelo entre el capitán de la tropa cortesina y el soldado de nuestra escolta mejicana:

Diego de Ordaz, en premio y galardón de su denuesto, obtuvo del Emperador para su escudo „una montaña ardiendo“. Según dicen las crónicas, ese blasón ha estado alguna vez en la ciudad de Puebla... Y en Puebla vive ahora Apolinar Ordaz, en un cuartel, llevado allí como castigo á alguna falta—tal vez no fuese grave en demasía, pues el buen muchacho es *soldado de primera* lo cual abona su conducta en filas...

Nosotros, pues, si nuestra voz llegase á „quien de derecho“ escucharla podría, la ejecutoria que pediríamos para el Ordaz segundo que en nuestra compañía—voluntarioso, trabajador, simpático y leal—subió al Popocatepetl, sería la licencia que le devolviese al amor y al cuidado de los suyos...





¡Loado sea Dios, grande y prósperamente, ya estamos en Tlamacas!...

¡Que todos los demonios carguen con el empecatado proveedor de comestibles, del cual no se ve rastro en esta soledad!...

Y la granizada no cesa; y ya el suelo en todo lo que alcanza la vista es un blanco sudario que cubre, en medio palmo de espesor, el negro piso de lavas hechas polvo; y la casa de tablas está cerrada con cuádruple candado; y el frío es horroroso, y personas y bestias tiritamos por manera alarmante, ya próximos, de fijo, á una congestión, chorreando agua por todo el cuerpo, muertos de hambre y de sed... y estamos á 3987 metros sobre el nivel del mar...

Muy fea cosa es causar daño en propiedad ajena; pero también es fea y triste y estúpida la situación en que nos encontramos por culpa ó por capricho de... *¡quién sabe!*: un accidente, una mala inteligencia, un retraso en la transmisión del telegrama; cualquier cosa, tal vez una nonada, nos ponía en aquel apuro, en aquel caso nada divertido.

Y á machetazos, con las culatas de la tercerola de Ordaz y de los fusiles roñosos de los indios, abrimos brecha en una de las paredes á doble tabla de la ba-

rraca, donde, ya dentro — por aquello de que el necesitado de todo, con poco se contenta — nos creemos felices:

Hay allí broza seca en abundancia, que servirá de colchón, hay una chimenea, donde pronto chisporrotea un pino entero; y allí está el fardo del almuerzo: un regular rimero de *tortillas*, una gallina asada de la víspera, frijoles y «arroz blanco» en una servilleta; el todo hecho papilla, pero ¡exquisito, delicioso, digno de la mesa de un rey!...

Para colmo de suerte, á la mitad del almuerzo-merienda, llega nuestro mesías deseado que nos envía el propietario de aquella parte del Volcán, como eco afortunado de nuestro telegrama.

Nos entrega una carta.

Por ella vemos que con exceso se cumple nuestro encargo. Al mensajero se le han dado instrucciones para que nada falte á nuestro sustento y hasta á nuestro regalo: comestibles, abrigos, caballos de refresco...

Y, efectivamente: ¡el buen hombre tan sólo trae una botella de cognac... ya expirante, debido, de seguro, al frío de la sierra, que exige combustible para entonar el cuerpo y el espíritu!...

¡Ni un panecillo, ni un sorbo de café, ni caballos, nada!

E dexémolo aquí, como diría el veterano cronista.

Es fuerza refrenar el entusiasmo de nuestra comilona. ¡Aquellas provisiones ya mermadas—el pastel estrambótico de arroz, gallina y judías negras—hemos de hacer que dure para dos días y parte del tercero!

¡Ya que nosotros no podemos hacerlo, que el Señor le perdone á aquel pobre diablo la tragi-cómica situación que nos creó en Tlamacas!... ¡Así sea!

